

tentoso héroe. El tuvo, es verdad, á mas del ar-
rimo de la gracia, el dechado de aquellos insig-
nes penitentes; pero nosotros sobre el socorro de
la misma gracia (que no puede fatar porque Dios
es muy fiel en sus promesas) deberemos contar
con el exemplo del uno y de los otros. Y si él pu-
do trasladar á nuestro continente las austerida-
des que florecieron allá en las soledades del Egip-
to mas de doce siglos antes; ¿por qué no podre-
mos nosotros seguir sus huellas estando aun mas
recientes, despues de solo siglo y medio que nos pre-
cedió en la carrera? En efecto, la mano del Sr.
no está abreviada, ni se halla ceñida á los tiem-
pos, á las regiones, ni á la diversidad de las gen-
tes: santos ha habido en todas las épocas del
mundo, en todos los climas, y en todas las nacio-
nes. Seamos nosotros fieles al auxilio, como lo
fueron ellos; que poderoso es Dios á formar de
las mismas piedras hijos fieles de Abraham, y ha-
cer de nosotros por su gracia vasos de eleccion
que rebozen en alabanzas de las eternas miseri-
cordias.

CAPITULO XXI.

*Trátase de sepultar el cadáver del venerable
siervo de Dios, y acaecen varias circunstancias
notables que hicieron glorioso su sepulcro.*

124. Así acostumbra Dios el honrar en la

muerte á sus santos, á aquellos que fieles en la
observancia de sus mandamientos, arreglaron to-
das sus acciones, y aun sus mas pequeños afectos
al nivel de la divina Ley. Ignorado y aun des-
preciado vive el justo á los ojos del mundo y de
los mundanos, y su vida es el objeto de la burla y
del escarnio de los deslumbrados del siglo; pero
Dios nuestro Señor que con su infinito conoci-
miento sabe juzgar y discernir el mérito elevado
de sus fieles siervos y amigos, dispone con sabia
y amorosa providencia que aquel infeliz á los
ojos de los insensatos, cuya vida reputaban por
locura, y cuyo fin juzgan será ageno de toda hon-
ra ese mismo, dispone el Señor, que cerrando
el penoso curso de sus dias con una muerte pre-
ciosa en sus divinos ojos, aparezca á la vista de
aquellos necios, incluido en el número de los hi-
jos de Dios, y su suerte colocada entre los santos.

125. Ignorado á los ojos de los hombres vi-
vió el bienaventurado Bartolomé, y ageno de to-
das las grandezas, y aplausos del mundo: y habiendo
de este modo vivido para Dios únicamente, tan
solo con Dios llegó á morir; pero una muerte,
que siendo principio de una eterna vida, dexó en
el cuerpo las señales de aquella gloria que ya es-
tà gozando el alma. Apenas ha espirado el santo
varon, quando comienza Dios á obrar prodi-
gios para honrar su muerte y sepulcro. Ya había

sido aquel cadáver venturoso el digno objeto de las veneraciones, de las lágrimas, y aun de las admiraciones de todos: y llegando á tratar de su sepulcro, consideran en él una preséa digna de toda codicia los que conocen su valor por el mérito de su elevada santidad; por lo que llegó á travarse un piadoso litigio entre los priores de Ocuyla y de Malinalco, disputando cada qual por su parte el derecho que juzgaba convenirle á la posesion de aquel precioso despojo; el de Ocuyla con los religiosos de su convento querian llevarle alegando haber sido religioso suyo, y á cuyo superior habia reconocido obediencia: el de Malinalco con los suyos alegaban el que en su convento habia sido admitido al noviciado veinte y nueve años antes por el R. P. Mrô. Fr. Juan de Grixalva; como asimismo los deseos que habia mostrado siete dias antes de su muerte de ir á morir, y ser enterrado en él su cuerpo.

126. Estando así alegando y codiciando para sí la posesion cada convento, decidió por último la causa la santa imágen del Señor, porque un religioso de los que allí se hallaban, movido de Dios (como dexa conocerse) dixo: padres priores, suspéndase y conclúyase la disputa, y refléxese que ni á Ocuyla, ni á Malinalco pertenece el derecho á la posesion del venerable difunto. Este santo varon vivió mas de treinta años en estas

cuevas: aquí à vista de esta milagrosa imágen labró el sublime edificio de santidad que lo hizo acreedor á nuestra estimacion, de la qual ha nacido esta piadosa competencia: aquí murió por especial providencia del Cielo, pues queriendo ir á morir en nuestro convento de Malinalco, lo impossibilitó Dios con agravarle tanto el achaque, que ya no pudo de aquí moverse. Qué denota todo esto, sino que aquí lo llamó Dios á que viviese, y aquí quiso que muriese; y nuestro santo litigio nos dice que no quiere el Señor que salga de aquí. Enterrémosle muerto en la cueva del Santo Crucifixo, donde siendo vivo estuvo enterrado. A tan poderosas razones no tuvieron que responder, sino que así como lo decia el religioso debia hacerse, porque así parecia ser voluntad de Dios que se hiciese, y correspondia de justicia.

127. Resuelto ya el punto, entró despues la duda de si habria en la cueva sitio oportuno donde abrir la sepultura, por parecer el suelo de peña viva. Subieron à la cueva à reconocer y examinar el terreno, y aunque viendo el suelo, y pareciéndoles à todos que siendo del mismo género de piedra que la peña en que està la cueva, que es especie de mármol durísimo, y por esto imposible de abrirse sin picos y almadanetas: sin embargo, pues, de esta dificultad que se pulsaba, uno

de los religiosos que **habian** subido para la inspeccion, parándose sobre el sitio en que se habia de abrir la sepultura, que fué junto al altar, y enfrente del Santo **Crucifixo**, mandó á un indio que habia ido para el efecto, que cabase en aquel lugar: dió el indio un golpe hiriendo el suelo con una cóa, (50) y como si se hubiese ablandado para recibir en su seno al que tantos años le habia ablandado con sus lágrimas, se entró todo el fierro de la cóa en el suelo, y prosiguiendo la diligencia, con ninguna dificultad se abrió enteramente una sepultura capaz para enterrar el venerable cuerpo.

128. El que se halló presente hablaba con tanto recato en este suceso, que jamas dixo que fuese el suelo tan duro, que prudentemente se pudiese tener por milagro el haberse mostrado blando y dócil á los golpes de la cóa; sino que quando tuvieron todos por cierto el que sin picos ni barretas no pudiera abrirse ni un hoyo de un palmo, se hizo todo con un instrumento tan débil, como una cóa, en que conocieron era voluntad de Dios, que así lo facilitaba el que allí quedara colocado el cuerpo de su siervo. Es verdad, que los que entónces allí se hallaron, le tuvieron por

(50) Es un instrumento de que usan los indios para la labor del campo: que es una cuchilla ancha, y de una quarta de largo, engastado el cabo en una asta de madera de una vara.

evidente milagro, y aun corre por tal entre el vulgo; pero el año de mil seiscientos ochenta y tres, habiendo ido los Drés. D. Lorenzo Alberto de Velasco, y D. Francisco Romero Quevedo á reconocer la sepultura del siervo de Dios, se halló el suelo de la cueva ser de tierra y piedra suelta, que llaman cascaxo, el qual se dexa cabar sin resistencia: y así lo notaron al márgen del interrogatorio para sus informaciones, que se imprimió en dicho año, de mano de uno de dichos señores curas, á foxas 13. Y esto no quita la especial providencia del Señor (miradas las circunstancias del caso) que tuvo para con el cuerpo de su siervo, teniéndole preparado sitio en que fuese sepultado, y donde parecia à todos imposible.

129. Vencida, en fin, la diferencia de los dos conventos, y allanada la dificultad de la sepultura, dispusieron el entierro para el siguiente dia martes. Celebróse el funeral con toda la solemnidad posible, cantándose misa de cuerpo presente, con asistencia de ambos conventos, de Ocuyla y Malinalco, y de mucha concurrencia de fuera, así de españoles, como de indios que vinieron sin ser llamados. Antes de clavar la tapa del caxon en que depositaron el cadáver, algunos de los religiosos por su devocion, con muchos de los seglares, le besaron con mucha reverencia y ternura los pies y las manos, las quales (despues de dos

dias que habia estado insepulto) estaban tan tratables, blandas y jugosas, como si acabara de espirar. Algunas circunstancias acontecieron, que merecen particular reflexa y advertencia. La primera, que no habiendo en el santuario cera para el entierro, proveyó Dios, enviando tanta de todas partes al tiempo de enterrarle, que aun quedó mucha de sobra. La segunda, que en treinta y quatro horas que estuvo el cuerpo sin enterrarse, no hubo quien se acordase de doblar, que dieron cinco ó seis toques de campanas, y lo dexaron por irse á ver y acompañar al venerable cuerpo en su entierro: tan absortos, ó fuera de sí los tenia à todos, ó el sentimiento de su muerte, ó la admiracion de su gran santidad. La tercera, y mas prodigiosa, que al mover el cuerpo para entrarlo en el caxon, y mandarlo á la sepultura, exhaló de sí una admirable fragancia, que luego la tuvieron todos por milagrosa. La quarta, que este mismo suave olor se sintió en la celda en que murió, y aun con mas vehemencia despues de ocho dias de enterrado, el qual duró por mas de dos meses, y se percibia à qualquiera hora del dia ó de la noche que entraran en la celda. Y aun el P. Fr. Juan de S. Josef testificaba, que despues de muchos años aun despedia à ciertos tiempos esta misma fragancia. Y á mas de esto asegura el mismo, que pasados algunos meses, sacó para

mostrarla á una persona devota aquella plancha de plomo que (como se dixo en su lugar) se ponía sobre el estómago, y traxo à raiz de su carne quince años, y fué tanto el olor, y tan suave la fragancia que de sí despedia, y que le duró tanto tiempo, que habiendo venido despues de muchos dias al santuario cierto religioso, y pedido que le mostrasen dicha plancha, al tomarla y percibir la suavidad de su olor, se admiró en tanto grado, que preguntó ¿si acaso aquella plancha habia estado, ó el P. Fr. Bartolomé la habia tenido metida entre ambar? Y aunque el religioso dixo esto, no fué porque creyese que fuese así; sino para significar la especie de suave olor que exhalaba. El P. Fr. Juan le respondió (sin darse por entendido de lo irónico de la pregunta) diciendo, que el venerable varon no habia sido hombre que usase de olores, que son propios de hombres regalados; y su regalo de él era privarse de todo regalo: ni eso era cosa imaginable en un hombre tan austero y penitente. Entónces el religioso, ó admirado, ó todavia confuso comenzó à estregar el plomo en el hábito, probando á ver si así se le desvanecia el olor; pero tan lo contrario acontecia, que mientras mas lo estregaba, mas olor y fragancia despedia: sirviendo en esta ocasion al mayor crédito del milagro la admiracion del religioso, para sacar de ella el Señor

mayores créditos de la maravilla, como de la duda del Apóstol Santo Tomás notó San Gregorio el Magno: (pp) *Non hoc casu, sed divina dispensatione gestum est: ut dum discipulus ille dubitans vulnera palparet carnis, in nobis vulnera sanaret infidelitatis.* El P. Fr. Juan y otros muchos que sabian que aquel plomo no habia tocado à otro olor, que á la de la santidad del siervo de Dios, lo que sacaron de la diligencia ó duda que manifestó el dicho religioso, fué el persuadirse que Dios es admirable en sus santos, y que quiso mostrar que lo era en este gran siervo suyo. Habia procurado este varon admirable con todas las fuerzas de su espíritu el ser tenido en poco delante de los hombres, como lo consiguió (causa tal vez de no haberse sabido mas en orden à su espíritu é interior de su alma, y de lo que pasó entre Dios y él) pues de él nadie hacia mayor aprecio; quiso humillarse y abatirse, y ser de todos ignorado, y procurò ocultar en vida el buen olor de sus virtudes, teniéndose delante de todos, y en la estimacion de sí mismo, por el mas grande pecador. Pero aquel Señor por cuya cuenta corre el exaltarà los que mas se humillan, y dar à conocer y venerar con los hombres el mérito y valor de la heroica virtud y santidad de sus siervos, levanta

(pp) S. Greg. Magn. Homil. 26. in Evangelia post medium.

à este del polvo de su propio anonadamiento, para colocarlo con los príncipes de su pueblo, y hace admirablemente, que el que por una vida toda escondida en Jesucristo habia sido ignorado, ó no bien visto en la estimacion de los hombres en su muerte y despues de ella, y en toda la posteridad le admiren, le veneren y reconozcan el alto merecimiento á que subió la heroicidad de sus virtudes, y engrandezcan el poder de aquella diestra Soberana que obrò en él tan excelentes prodigios.

CAPITULO XXII.

De la admirable incorrupcion del cuerpo del siervo de Dios.

30. **N**o siempre es argumento de santidad la incorrupcion de los cuerpos; suele ser muchas veces provenida, ó de la temperie de los climas y regiones, ó de la calidad del terreno, ó de otro principio natural y sujeto à las luces de la filosofía, sin ser necesario el ocurrir à las causas sobrenaturales. En la antigüedad sucedia hallarse cadáveres enteros de gentiles, despues de muchos siglos. En Roma abriendo un sepulcro se encontró el cuerpo de Palante hijo del rey Evandro, despues de mas de dos mil años, tan entero y cabal en todos sus miembros, que siendo de estatura gigantéa, y arrimándolo en pie à los muros,

(cerca del sitio donde fué hallado) se mantuvo irresoluto algun tiempo, excediendo con la cabeza à los mismos muros, que tenian de alto mas de tres estados, con asombro de todos los que lo miraban. Refieren este caso Galeoto, Murio Magio y Dalecampio, citados del P. Juan Luis de la Cerda, de la extinguida Compañia. (qq) Y otros que trae el P. Atanasio Kirquer en un librito que hizo disputando este punto. Aun en algunos sitios de nuestra América se han descubierto despues de muchos años cadáveres casi sin ningun menoscabo en su integridad, y no por eso se ha atribuido à milagro. Aunque sea así todo esto comunmente, y que en lo natural hayan acaecido tan admirables efectos, tambien es cierto que lo natural no quita lo divino, y que en hombres que han vivido y muerto con relevante opinion de virtud heroica, debe admirarse como sobrenatural la incorrupcion de sus venerables cuerpos: y la Iglesia nuestra madre, lossantos y doctores lo han atribuido siempre à privilegio de sus saltos merecimientos, como lo leemos en el glorioso Patriárca S. Francisco de Asís, y en el Apóstol de las Indias S. Francisco Xavier, en la insigne Santa Rita de Casia, y en la gloriosa vírgen Santa Clara de Monte Falco, ambas de mi sagrada religion.

131. No determinamos aquí si la entereza

(qq) *Æreidas* lib. 10. fol. 482. nota 11.

del bendito cuerpo de nuestro venerable hermano Fr. Bartolomé fué natural ò milagrosa, pues eso toca à quien descubrió su cadáver del todo incorrupto à diez y siete de diciembre del año de mil seiscientos y ochenta y quatro, que fué el Illmô. Sr. D. Francisco de Aguiar y Seixas, arzobispo de México, el qual pasando por el santuario y noticioso de la admirable vida que vivió el siervo de Dios Fr. Bartolomé, mandó que se abriese su sepulcro, lo qual executado se encontró su cuerpo entero, sin que le faltase parte de él; sino solo un ojo que se habia consumido: esto fué despues de veinte y siete años de sepultado, de lo qual quedaron admirados todos los que lo vieron. Un año despues por órden del mismo Sr. Illmô. vinieron à el santuario tres señores curas del Sagrario, que fueron el Dr. D. Alonso Alverto de Velasco, Dr. D. Francisco Romero y Quedo, y Lic. D. Juan Sagade, con un notario à reconocer nuevamente el bendito cuerpo, y lo hallaron con la misma entereza. Lo que debemos persuadirnos es el que habiendo concurrido en el P. Fr. Bartolomé las virtudes, à que atribuyen los santos y doctores el privilegio de la incorrupcion, puede ver la piedad de mi lector si se le puede sin temeridad conceder tal privilegio à su incorrupto cadáver, como regalía de sus virtudes admirables.

132. Y siguiendo la ilacion del racionio por el orden de aquellas virtudes que principalmente merecieron este tan señalado privilegio, digo, que suele este ser premio de la singular pureza, la qual como hace incorruptible al espíritu, eximiéndolo de la corrupcion de toda torpeza, así tambien se deriva del espíritu al cuerpo, preservándolo de la corrupcion del sepulcro. Quanta fuese la pureza de este castísimo varon, ya se dixo lo bastante en el capítulo xvii, que á mi ver puede rayar tan alto, como las mayores que han merecido este don singularísimo.

133. Otros atribuyen esta especial prerogativa à la excelente virtud de una fé heroica, y zelo de su observancia. A esta atribuyeron muchos la incorrupcion del real cadáver del emperador y primero en las Españas el Sr. Carlos V, quando mudando los depósitos de los señores reyes de España al nuevo panteon, se halló en su urna su cuerpo tan entero y tan bien tratado, que despues de mas de ciento y treinta años no desdecian las facciones de su rostro difunto à las de su propio retrato, aun siendo así de no haberse embalsamado como los de los otros reyes, y comunicando su incorrupcion al tomillo de que estaba lleno su ataúd, que estaba tan fresco, tan verde y tan oloroso como si se acabara de cortar del jardin. Siendo esto así, y habiendo de ser esa di-

cha fé el principio de la tal incorrupcion, ya queda dicho en el capítulo xiii del grado elevadísimo á que llegó la fé de este varon fidelísimo, que fué tal, que pudo muy bien atribuirse à la entereza de la fé de su grande alma el crédito que dió la incorrupcion à su cuerpo, por realce mas sublime.

134. Los que atribuyen este don precioso á la penitencia, á la austeridad y á la mortificacion de la carne de aquellos cuerpos afligidos, extenuados y casi deshechos en vida à las puntas de los rayos y de los cilicios, à los gárfios y abrojos de las disciplinas, y á los hierros de las cadenas, los quales como son por Dios maltratados y despedazados, así tambien obligan á Dios à que con su admirable providencia los conserve despues de la muerte intactos, enteros é incorruptos; esos mismos podrán bien atribuir á este héroe penitentísimo tan raro privilegio, habiendo sido el hombre mas austero el mas mortificado y el mas cruel con su mismo cuerpo que han conocido estos tiempos; pues tanto lo despedazó, lo extenuó y lo deshizo, que parece que no queria dexarle que hacer à la muerte despues de difunto.

135. Si este privilegio, finalmente, como quieren algunos, es propuesto de los contemplativos, y dados al íntimo trato con Dios por medio de la oracion que espiritualiza al hombre y lo ha-

ce ángel, cuyo ejercicio es estar siempre en la presencia de Dios, y por consiguiente lo hace incorruptible por gracia, como los ángeles lo son por naturaleza; ¿que hay que admirar que este varon extático, cuya continua conversacion era en los cielos, y cuyo trato freqüente era comunicar con Dios, siempre orando y trayéndolo siempre presente, se hubiese espiritualizado tanto, que hasta su cuerpo gozase de la incorrupcion angélica despues de muerto, quando habia imitado à los ángeles en el trato siendo vivo? Por estas razones, ò por otras de no menor peso podemos entender que Dios nuestro Señor como honorador de los que deveras le sirven, quiso hacer esta demostracion con el cuerpo de su santo siervo, que tan fielmente le habia servido. Vivió en fin, el venerable siervo de Dios Fr. Bartolomé de Jesus Maria, y vivió como quien sabia que tenia de morir. Vivió, y vivió todo para Dios, porque habia de ser todo de Dios en el morir. vivió; pero no era él quien vivia, porque en él quien solamente vivia era Jesucristo. Murió Fr. Bartolomé, y murió como quien ya mucho antes habia muerto para el mundo, y todo lo que el mundo ama. Murió la muerte de los hombres, habiendo vivido siempre la vida sola de Dios. Murió en fin una vez al tiempo en la tierra para vivir à la eternidad siempre en el cielo. Está fué

su vida, esta su muerte, estas sus heroicas virtudes, estas sus asombrosas penitencias, esta su admirable santidad, y este el espejo clarísimo de los mas raros exemplos que el Señor con admirable providencia se sirvió poner à nuestra vista para la imitacion, y que quizá, ó sin quizá con esa misma providencia ha traído, lector mio, delante de tus ojos, con el soberano designio de obrar en tí lo que á tu salud sea conveniente, ó levantarte caído, ó esforzarte levantado: y que sepas tú, y sepamos todos como se comienza, como se prosigue, y como se acaba la carrera de la perfeccion, el ejercicio de las virtudes, y el hermoso edificio de una elevada santidad. Comenzar como quien ha de acabar luego; proseguir como si no se hubiera comenzado; y acabar como si hubiera de seguirse. En este sistema se funda toda la teología del espíritu, y la ciencia de los santos. La constancia en el bien obrar es la que les dá el valor á todas las virtudes, y el afloxar en medio del camino, es un funesto presagio: porque eserito está, que el que echa mano al arado y vuelve el rostro atras, no es apto para el reyno de Dios; y que solo será salvo el que perseverare hasta el fin. Este ardiente anhelo, esta fiel perseverancia es la que llega à merecer aquel bravío, del qual dice el apóstol que no le llevará, sino el que mas se esforzare en la carrera. Ella es la

que dá el último retoque á la santidad mas sublime; y ella es la que forma el realce mas brillante á la corona que gozan los hijos de Dios en el palacio de la Gloria.

CAPITULO XXIII.

Resumen de las virtudes excelentes del venerable siervo de Dios Fr. Bartolomé de Jesus Maria.

136. **H**abiendo sido este varon de Dios tan admirable y prodigioso, como he visto en toda la serie de esta historia, no le habian de faltar virtudes en grado heroico, que son las que califican la verdadera santidad. Y primeramente, comenzando la narracion de todas ellas, pondremos por primera la que es vida de las demas, y reyna de todas ellas.

137. La caridad asi para con Dios, como para con sus próximos, que son dos ramas que nacen de un mismo tronco, y dan vida y vigor á las flores y frutos de la vida espiritual, ya la vimos en el discurso de su admirable vida. De la caridad que tuvo para con Dios nacia el desasimiento de todas las cosas mundanas y terrenas, porque quien ama de todo corazon á Dios, á él solo quiere, á él solo busca; y todo lo demas que no es Dios ni por Dios, le parece asco y horrura, como decia el apóstol. De ella le procedian aque-

llos ardores del corazon, aquellos éxtasis del alma, que sin poder resistirse, le arrebatavan y enagenaban de los sentidos, porque como por el amor vehemente del Sumo Bien salia el alma de sí para irse á Dios dexaba los sentidos materiales como yertos, como sin alientos y sin vida.

138. De la que tuvo con los próximos, que es hermana menor de la caridad para con Dios, y se han como Marta respecto de Maria, que esta solo miraba á estar con Cristo por su bondad; y aquella á apacentar á Cristo en sí y en sus miembros: y ambas eran gratas á Dios; Maria en primer lugar, y Marta en el segundo. De esta virtud, pues, está su vida tan llena de casos, que fuera volverla á repetir el contarlos. Era tan eficaz el amor para con sus próximos, que por hacerles bien obró tales maravillas, que parece exceden á las fuerzas humanas. Para sustentar á un sacerdote y á un hermano de este, con otras varias personas en el santuario, multiplicó un pedazo de carne bien pequeño, porque no habia mas; de suerte, que habiendolo guisado el venerable varon por sus manos, hubo para catorce personas que quedaron saciadas y satisfechas, y sobró porcion competente. En otra ocasion estando en novenas unas mugeres pobres y cargadas de niños, y habiéndoles faltado el sustento, acudieron al siervo de Dios, y no teniendo este ma-